

RÍO LLÉVAME A CASA

William Kent Krueger

Traducción: Julián Sosa



Parte uno
DIOS ES UN TORNADO

PRÓLOGO

EN EL PRINCIPIO, CUANDO TERMINÓ DE CREAR LOS CIELOS y la tierra, la luz y las tinieblas, la tierra y los mares y todos los seres vivos que se mueven por allí, después de crear al hombre y a la mujer antes de reposar, creo que Dios nos dio un último regalo. Para que no olvidemos la divina fuente de toda esa belleza, nos dio las historias.

Yo cuento historias. Vivo en una casa a las sombras de un sicomoro en la ribera del río Gilead. Mis bisnietos, cuando me visitan, me llaman viejo.

—Lo de viejo es un cliché —les digo con una fingida decepción—. Una terrible banalidad. Un insulto. Nací junto al sol y la tierra y las lunas y los planetas y todas las estrellas. Cada átomo de mi ser estuvo ahí desde el principio.

—Mentira. —Fruncen el ceño, de un modo juguetón.

—No miento. Cuento historias —les recuerdo.

—Cuéntanos una historia —ruegan.

No hace falta que me lo pidan. Las historias son la dulce fruta de mi existencia y las comparto con gusto.

Los eventos que estoy a punto de compartir contigo comenzaron a la ribera del Gilead. A menos que hayas crecido en el interior del país, puede que no recuerdes estas cosas. Lo que ocurrió en el verano de 1932 es más importante para quienes lo vivieron, y ya no quedamos muchos.

El Gilead es un río encantador, enmarcado con álamos que ya eran antiguos cuando yo era pequeño.

Las cosas eran diferentes por aquel entonces. Ni más simples ni mejores, solo diferentes. No viajábamos como lo hacemos ahora y, para la mayoría de los habitantes del condado de Fremont, Minnesota, el mundo se limitaba a la porción de tierra que podíamos ver hasta que el horizonte la cortaba. No habrían entendido más que yo que si matas a un hombre, cambias para siempre. Y si ese hombre regresa a la vida, te transformas. He presenciado este y otros milagros con mis propios ojos. Así que entre las muchas lecciones de sabiduría que la vida me ha ofrecido con el pasar de los años, comparto esta contigo: ábrete a cada posibilidad, porque no hay nada que tu corazón pueda imaginar que no sea posible.

La historia que estoy a punto de contar ocurrió un verano hace mucho tiempo. Una historia de muertes y secuestros, de niños perseguidos por demonios de mil nombres. Habrá valentía en esta historia y cobardía. Habrá amor y traición. Y, por supuesto, habrá esperanza. Al final, ¿no es de eso de lo que trata toda buena historia?

CAPÍTULO 1

ALBERT LE PUSO UN NOMBRE A LA RATA. LA LLAMÓ FARIA.

Era una criatura vieja, con motas grises y blancas en su pelaje. Casi siempre, se mantenía en las esquinas de la diminuta celda y corría por la pared hacia el rincón donde le ponía las migajas de algún pan duro que había sido mi cena. Por la noche, normalmente no podía verla, pero escuchaba el suave roce de sus movimientos cuando salía de la grieta en las piedras del rincón, cruzaba el suelo cubierto de paja, agarraba las migajas y regresaba por donde había venido. Cuando la luna estaba en la posición adecuada y sus rayos de luz atravesaban la angosta abertura alta que servía como única ventana, iluminando las piedras de la pared este, a veces podía ver por un breve instante en la luz reflejada el cuerpo esbelto y ovalado de Faria, su pelaje como una nube borrosa de plata, su cola delgada siguiéndola como una ocurrencia tardía en la creación del animal.

La primera vez que me metieron en el que los Brickman llamaban el cuarto de confinamiento, también trajeron a mi hermano mayor, Albert. Era una noche sin luna, el lugar sumido en una oscuridad total, nuestra cama era solo un montón de paja tirada en el suelo de tierra, la puerta un gran rectángulo de hierro oxidado con una abertura en la parte inferior para el plato de comida que nunca tenía más

que un trozo de pan duro. Estaba muerto del miedo. Más tarde, Benny Blackwell, un sioux de Rosebud, nos contó que cuando la Escuela de Formación de Indios de Lincoln era un puesto de avanzada militar llamado Fort Sibley, el cuarto de confinamiento se usaba para recluir a los prisioneros. En aquellos días, había albergado guerreros. Cuando Albert y yo llegamos allí, solo albergaba niños.

No sabía nada sobre ratas, solo la historia del flautista de Hamelin, que había sacado a la plaga del pueblo. Creía que eran criaturas asquerosas que comían cualquier cosa, incluso quizás a nosotros. Albert, que era cuatro años mayor que yo y mucho más sabio, me decía que las personas les tenían miedo a las cosas que no entendían y que si había algo que me asustase, entonces debía acercarme a eso. Eso no significaba que dejara de ser una cosa horrible, pero las cosas horribles que conocías eran mejores que las que imaginabas. Por eso Albert le puso nombre a la rata, porque un nombre hacía que no fuera solo una rata. Cuando le pregunté por qué había elegido Faria, me dijo que era de un libro, *El conde de Montecristo*. A Albert le encantaba leer. En cuanto a mí, me gustaba inventar mis propias historias. Siempre que me metían en el cuarto de confinamiento, le daba a Faria algunas migajas e imaginaba historias sobre ella. Busqué información sobre las ratas en la *Enciclopedia Británica* que estaba en el estante de la librería de la escuela y descubrí que eran seres inteligentes y sociales. Con el pasar de los años y las tantas noches solo en el cuarto de confinamiento, llegué a considerar a la pequeña criatura como una amiga. Faria. Rata extraordinaria. Aliada de los marginados. Una compañera cautiva en la oscura prisión de los Brickman.

Esa primera noche en el cuarto de confinamiento, nos habían castigado por contradecir a la señora Thelma Brickman, la directora de la escuela. Albert tenía doce años y

yo ocho. Éramos nuevos. Después de la cena, que había sido un estofado aguado y soso con unos trozos de zanahorias, patatas, algo verde y viscoso y un poco de jamón lleno de nervios, la señora Brickman se sentó al frente del gran comedor y nos contó una historia a todos los niños. Era normal que nos contara una historia después de comer. Por lo general, tenían alguna moraleja que ella consideraba importante. Después nos preguntaba si alguien tenía una duda. Pero me di cuenta de que era solo un engaño que pareciese como si hubiera una oportunidad real para hablar con ella y mantener la clase de conversación que podría darse entre un adulto y un niño razonables. Esa noche había contado la historia de la carrera entre la tortuga y la liebre. Cuando nos preguntó si teníamos alguna duda, levanté la mano. Sonrió y me dio la palabra.

—¿Sí, Odie?

Sabía mi nombre. Aquello me entusiasmó. En medio del mar de niños, tantos que no creía que fuera capaz de aprenderme todos sus nombres, ella recordó el mío. Me preguntaba si quizás era porque éramos los más nuevos o porque éramos los rostros más blancos en un vasto salón lleno de niños indios.

—Señora Brickman, usted dijo que la moraleja de la historia era que ser un perezoso es algo terrible.

—Así es, Odie.

—Pero yo entendí que correr lento y a paso firme te hace ganar la carrera.

—No veo la diferencia. —Su voz sonaba firme, pero no severa, aún no.

—Mi padre me leyó esa historia, señora Brickman. Es una de las fábulas de Esopo. Y él decía que...

—¿Él decía? —Ahora había algo diferente en su tono de voz. Como si se hubiera atragantado con una espina de pescado—. ¿Él decía?

Estaba sentada en un taburete que la mantenía más alta que el resto para que todos en el comedor pudieran verla. Se deslizó sobre su asiento al ponerse de pie y caminó entre las largas mesas, niñas de un lado, niños del otro, hacia donde yo estaba sentado con Albert. En el absoluto silencio del salón, podía oír el rechinar de sus suelas de goma sobre el viejo suelo de madera a medida que se acercaba. El niño que estaba sentado a mi lado, cuyo nombre aún no sabía, se alejó, como si intentara distanciarse de un lugar donde estaba seguro de que caería un rayo. Miré a Albert y sacudió la cabeza, una señal de que debería mantener la boca cerrada.

La señora Brickman se detuvo delante de mí.

—¿Él decía?

—S-s-sí, señora —respondí, tartamudeando, pero manteniendo el respeto.

—¿Y dónde está él?

—Y-y-ya sabe, señora Brickman.

—Muerto, ahí es donde está. Él ya no está presente para leerte historias. Las historias que escuchas ahora son las que yo te cuento. Y significan exactamente lo que yo digo que significan. ¿Entendido?

—Yo... yo...

—¿Sí o no?

Se inclinó hacia mí. Era esbelta, su rostro un óvalo delicado color perla. Sus ojos eran tan verdes y afilados como las espinas nuevas de un rosal. Su cabello era negro y largo, y lo mantenía tan cepillado como el pelaje de un gato. Olía a talco y levemente a whisky, una mezcla aromática que yo llegaría a conocer bien con los años.

—Sí —dije con la voz más tímida que jamás escuché salir de mi boca.

—No quiso faltarle el respeto, señora —intercedió Albert.

—¿Estoy hablando contigo? —Las espinas verdes de sus ojos se clavaron sobre mi hermano.

—No, señora.

Se enderezó y observó a toda la habitación.

—¿Alguna otra pregunta?

Creía, deseaba, rogaba, que eso hubiera sido todo. Pero esa noche, el señor Brickman llegó al dormitorio y me pidió que saliera, y a Albert también. Era un hombre alto y delgado, y también atractivo, según varias mujeres de la escuela, pero lo único que veía era que sus ojos no eran nada más que dos pupilas negras y que me recordaba a una serpiente con piernas.

—Pasaréis la noche en otro lugar —dijo—. Seguidme.

Esa primera noche en el cuarto de confinamiento apenas pude dormir. Era abril y todavía una ventisca fría soplabla desde las despobladas Dakotas. Nuestro padre había muerto hacía menos de una semana. Nuestra madre había fallecido dos años antes. No teníamos a ningún familiar en Minnesota, ni amigos ni nadie que nos conociera o que se preocupara por nosotros. Éramos los únicos niños blancos en una escuela para indios. ¿Qué podía ser peor? Luego escuché a la rata y pasé el resto de esas largas y oscuras horas hasta el amanecer acurrucado contra Albert y la puerta de hierro, las rodillas apoyadas sobre mi barbilla, los ojos llenos de lágrimas que solo Albert podía ver y por las que nadie más excepto él se habría preocupado.

Cuatro años habían pasado entre aquella primera noche y la que acababa de pasar en el cuarto de confinamiento. Había crecido un poco, cambiado un poco. El antiguo y asustado Odie O'Banion, al igual que mi madre y mi padre, había muerto hacía mucho. El Odie de ahora tenía una inclinación por la rebeldía.

Cuando escuché la llave en la cerradura, me senté sobre

el montón de paja. La puerta de hierro se abrió y la luz de la mañana inundó el espacio, cegándome por un momento.

—Terminó la condena, Odie.

Si bien aún no podía ver los detalles de su cara, reconocí la voz con facilidad: Herman Volz, el viejo alemán que supervisaba el taller de carpintería y era el consejero asistente de los niños. El hombre estaba de pie en la puerta, tapando por un momento el resplandor del sol. Me miró desde arriba a través de sus gruesas gafas, con sus pálidas facciones suaves y nostálgicas.

—Quiere verte —dijo—. Tengo que llevarte.

Volz hablaba con acento alemán, así que su erre sonaba algo gutural y fuerte, y las uves se parecían más a una efe. Así que en realidad sonó algo así como “Quierre ferrte. Tengo que llefarrte”.

Me puse de pie, doblé la manta delgada y la colgué sobre una varilla en la pared para que estuviera disponible para el próximo niño que ocupara la habitación, sabiendo que, a lo mejor, sería yo otra vez.

Volz cerró la puerta cuando salimos.

—¿Has dormido bien? ¿Cómo está tu espalda?

A menudo, algún castigo físico precedía al encierro en el cuarto de confinamiento y la noche anterior no había sido la excepción. La espalda me dolía por los azotes, pero no la mejoraba hablar de eso.

—He soñado con mi madre —dije.

—Ah, ¿sí?

El cuarto de confinamiento era el último en una serie de habitaciones dentro de un edificio largo que alguna vez había servido de prisión. Las otras habitaciones, todas celdas originalmente, habían sido convertidas en depósitos. Caminamos junto a la vieja empalizada y cruzamos el jardín hacia el edificio de la administración, una estructura de piedras rojas de dos pisos que se elevaba entre olmos majestuosos

que habían sido plantados por los primeros comandantes del Fort Sibley. Los árboles sumían al edificio en una eterna sombra, lo que hacía que fuera un lugar oscuro.

—¿Un sueño bonito? —agregó Volz.

—Ella estaba en un bote en un río. Yo también estaba en un bote, intentando alcanzarla, intentando verle la cara. Pero por mucho que remara, nunca podía alcanzarla.

—No parece un sueño agradable —dijo Volz.

Llevaba puesto un pantalón de peto limpio sobre una camisa azul de trabajo. Sus inmensas manos, con algunos cortes y heridas por la carpintería, colgaban a cada lado de su cuerpo. Le faltaba la mitad del meñique derecho, el resultado de un accidente con una sierra de cinta. A sus espaldas, algunos niños lo llamaban el Viejo Cuatro y Medio, pero no Albert y yo. El carpintero alemán siempre nos había tratado bien.

Entramos al edificio y fuimos de inmediato a la oficina de la señora Brickman, donde se encontraba sentada detrás de su enorme escritorio con una chimenea de piedra a sus espaldas. Me sorprendió un poco ver a Albert allí. Estaba de pie recto y erguido a su lado como un soldado en posición firme. Su rostro se mantenía inexpresivo, pero sus ojos hablaban. Decían: “Cuidado, Odie”.

—Gracias, señor Volz —dijo la directora—. Puede esperar fuera.

Cuando se volvió para salir, Volz apoyó una mano sobre mi hombro, el más breve de los gestos, pero aprecié su significado. La señora Brickman habló:

—Me preocupas, Odie. Empiezo a creer que tu etapa en la Escuela Lincoln ya está llegando a su fin.

No estaba seguro de qué quería decir con eso, pero no me parecía algo necesariamente malo.

La directora llevaba un vestido negro, que parecía ser su color favorito. Había escuchado a la señorita Stratton, que

enseñaba música, decirle a otra maestra que era porque la señora Brickman estaba obsesionada con su apariencia y creía que el negro la hacía parecer más delgada. Funcionaba bastante bien, porque me recordaba al mango largo y delgado de un atizador para la chimenea. Su afinidad por ese color dio origen al apodo que todos usamos, cuando no nos oía, claro: la Bruja Negra.

—¿Entiendes lo que digo, Odie?

—No estoy seguro, señora.

—Aunque no seáis indios, el *sheriff* nos pidió que os aceptáramos a ti y a tu hermano porque no había más plazas en el orfanato estatal. Y eso hicimos, por la bondad de nuestros corazones. Pero hay otra opción para un niño como tú, Odie. El reformatorio. ¿Sabes lo que significa?

—Sí, señora.

—¿Y te gustaría que te enviáramos allí?

—No, señora.

—Eso me pareció. Entonces, Odie, ¿qué vas a hacer?

—Nada, señora.

—¿Nada?

—No haré nada para que me envíe allí, señora.

Puso las manos sobre su escritorio, una encima de la otra, y extendió tanto sus dedos que formaron una especie de telaraña sobre la madera pulida. Esbozó una sonrisa como si fuera una araña que acababa de atrapar una mosca.

—Bien —dijo—. Bien. —Señaló a Albert con la cabeza—. Deberías ser más como tu hermano.

—Sí, señora. Lo intentaré. ¿Puedo recuperar mi armónica?

—Es muy especial para ti, ¿verdad?

—No realmente. Es solo una vieja armónica. Me gusta tocar. Me mantiene alejado de los problemas.

—Un regalo de tu padre, supongo.

—No, señora. La encontré por ahí. Ni siquiera recuerdo dónde.

—Qué curioso —dijo—. Albert me contó que fue un regalo de tu padre.

—¿Lo ve? —dije, encogiéndome de hombros—. No es tan especial como para recordar dónde la conseguí.

Me miró por un momento y luego agregó:

—Muy bien. —Sacó una llave de un bolsillo de su vestido, abrió un cajón de su escritorio cerrado y cogió la armónica.

Me acerqué para recogerla, pero la apartó.

—¿Odie?

—Sí, señora.

—La próxima vez, me la quedará. ¿Entendido?

—Sí, señora. Entendido.

Me la devolvió y sus dedos largos tocaron mi mano. Cuando regresé al dormitorio, no podía dejar de pensar en usar el jabón del lavabo y frotarme esa mano hasta que sangrara.